

Alcaldía de
Bogotá



ARCADIA



DIEZ

8

**Que el mundo
nos vea**

Un número sobre cómo
las mujeres diversas
narran y habitan la
ciudad y sobre su
resistencia a los
desafíos que enfrentan

AÑOS DE LA POLÍTICA PÚBLICA LGBTI EN BOGOTÁ

Entre cuerpos y derechos

Alcalde Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño

SECRETARÍA DISTRITAL DE PLANEACIÓN

Secretario de Planeación
Andrés Ortiz Gómez

Subsecretaria de Planeación Socioeconómica
Paola Gómez Campos

Director de Diversidad Sexual
Juan Carlos Prieto García

Asesor de Comunicaciones
John Marlon Rodríguez García

Asesora de Contenidos
Nury Cristina Rojas Tello

IDARTES

Directora
Juliana Restrepo Tirado

Subdirector de las Artes
Jaime Cerón Silva

Asesor poblacional, proyectos dirigidos a sectores sociales LGBTI
David Camilo Castiblanco S.

Asesora de Comunicaciones
Yinna Muñoz Barbosa

Gerente de Literatura
Alejandro Flórez Aguirre

ARCADIA

Director
Camilo Jiménez Santofimio

Editora
Sara Malagón Llano

Editor digital
Felipe Sánchez Villarreal

Coordinadora de esta edición
Natalia Puerta Sanabria

Diseño
Hernán Sansone, Nicolás Gutiérrez

Corrección
Laura Benítez Martínez
María Consuelo Machado J.

Líder de proyectos
Andrea Mejía Fajardo

Coordinadora comercial
Diana Galvis

ARCADIA es la plataforma de contenidos culturales del Grupo Semana

Sede: Carrera 11 n.º 77A-49
Bogotá, Colombia. PBX 6468400
©Publicaciones Semana S. A.
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin autorización de Publicaciones
Semana S. A.
ISSN: 1900-589X
Printed in Colombia

Las personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersexuales luchan día tras día por transformar los imaginarios preexistentes sobre sus cuerpos y superar adversidades en el territorio que habitan, para así evolucionar y generar cambios culturales y lecciones de vida para la ciudadanía.

Durante los últimos doce años de política pública LGBTI en el Distrito Capital, la ciudad ha construido e implementado acciones que inciden en la vida de las personas pertenecientes a los sectores sociales LGBTI, como ciudadanías de especial protección constitucional, y ha eliminado prácticas de discriminación y estigmatización por medio de servicios públicos transformadores.

La Personería de Bogotá D. C. está comprometida, desde su misionalidad, con distintas iniciativas para la prevención, la protección y la garantía de los derechos humanos de las personas LGBTI. Así, por ejemplo, en los últimos cuatro años, la entidad ha impulsado acciones afirmativas para la inclusión laboral de personas transgénero, escenarios de diálogo frente a la equidad, y la adecuación progresiva de sus sistemas de información con variables que visibilizan la diversidad desde la orientación sexual y la identidad de género.

La revista ARCADIA DIEZ, como un ejercicio de articulación interinstitucional de la Alcaldía Mayor de Bogotá, entre la Dirección de Diversidad Sexual de la Secretaría Distrital de Planeación y el Instituto Distrital de las Artes - Idartes, se configura en una plataforma de transformación cultural que, desde la pedagogía visual y periodística, promueve la efectividad integral de los derechos de las personas LGBTI, propósito que se acompaña con nuestra misionalidad. Por esta razón, celebramos su divulgación.

Las personas que se acercan a esta edición de DIEZ, que forma parte de una colección de diez separatas, encontrarán pluralidad de posiciones sobre ser lesbiana; cómo narrar el cuerpo, la vida, la apropiación del territorio y el disfrute de la ciudad. Descubrirán que ser lesbiana incluye relatos de resistencia de las mujeres; de prácticas de sororidad, fuerza, transformación y cuidado, enfoque central del presente número.

Es importante resaltar que las mujeres trans, bisexuales y lesbianas han sido invisibilizadas históricamente, tanto por su orientación sexual como por su identidad de género, y este abordaje requiere, sin duda, una visión de derechos a la luz de su identidad, el territorio y el cuerpo que se habita. De allí que esta separata se centre en su reconocimiento y visibilidad.

La circulación y la lectura de esta publicación son un significativo aporte para la labor de la Personería de Bogotá D. C. en la superación de barreras de acceso a derechos. Hoy nos sumamos a este esfuerzo pedagógico, pues consideramos oportuna la generación de nuevas narrativas sobre la diversidad sexual y de género de las mujeres, tarea central de nuestra institución.

Estamos seguras de que la sumatoria de voluntades y acciones nos llevará a cambios estructurales y significativos para las mujeres en sus diversidades, y a su vez para la ciudadanía. ☉

Dra. Carmen Teresa Villamizar Castañeda
Personera de Bogotá



Foto: Pilar Mejía

Las dos personas en esta foto aceptaron la invitación de nuestra fotografía a darse un beso durante la marcha LGBTI del pasado 30 de junio en plena carrera Séptima de Bogotá.

Esta octava edición de DIEZ es posible gracias a una alianza entre

Alcaldía de Bogotá





FOTO: PILAR MEJÍA

Espacios para la libertad

Un recorrido por la memoria de las mujeres diversas y su aporte a la historia de la ciudad

Por Lina Alonso

“La audacia crece a causa del mismo peligro. La bruja puede arriesgarse a todo. Fraternidad humana, desafío al cielo cristiano, culto desnaturalizado al dios de la naturaleza, tal es el sentido de los aquelarres”. Con estas palabras, el historiador francés Jules Michelet cierra, en su libro *La Sorcière* (1862), el capítulo dedicado a los lugares de encuentro de esas iluminadoras de la noche que son las hechiceras. Michelet nos habla de la figura más emancipada y más castigada de la Edad Media: la primera médica, astróloga y botánica; la primera en encender el temor de las instituciones a la mujer: la bruja. La bruja sabe qué significa reunirse para escapar del látigo del poder; solo ella crea espacios para compartir conocimiento, para aprender de la naturaleza y adorarla (es pagano adorar a las deidades animales, minerales y astrales) y —en su fervoroso estudio de la naturaleza, en su herejía— ganar poder frente al cristianismo: “Los dioses de la religión vencida son los demonios de la religión triunfante”.

Michelet delineó sin saberlo la potencia y la rebeldía de las mujeres lesbianas, esas otras “brujas” contemporáneas que se han ganado a pulso un lugar en los espacios que habitan. Hoy, en el marco de la diversidad sexual, ser por ejemplo lesbiana debería ser tan normal como las estrofas sáficas que todavía leemos con intriga y exaltación. Pero este no es siempre el caso: ser lesbiana, bisexual o mujer trans aún conlleva retos en la sociedad heteropatriarcal en general y dentro de los sectores LGBTI.

Sin embargo, a pesar de esos desafíos, mujeres como Marcela Sánchez representan una victoria en esa puja por ganar espacios de liderazgo e incidencia con la diversidad como bandera. Como directora de la ONG Colombia Diversa, que existe desde 2004, se ha dedicado a defender los derechos de las personas LGBTI y a

ganar espacios para ellas, sobre todo en el terreno de lo político y lo legal. Sánchez reconoce que, para avanzar en esa búsqueda, es necesario hacer frente a los desafíos que persisten, y para ello propone, entre otras cosas, entablar un diálogo con “los movimientos religiosos interesados en hacer política electoral y movilizar estrategias contra la comunidad”.

Sánchez señala la importancia de construir espacios diversos a través de la descentralización de los enfoques: “Ahora las cosas no son exclusivas en las discusiones; ahora todo es más transversal dentro del mismo movimiento”. Un cambio significativo es que hoy se hable de travestis o gays, pero también de lesbianas negras o campesinos gays. Es decir, de experiencias y fenómenos que no centralizan la discusión: “Ya no se necesita ser LGBTI para apoyar esta causa porque la lucha no es exclu-

“LO REVOLUCIONARIO ES CONVERTIR LA PALABRA QUE HIERE EN UNA PALABRA QUE REIVINDICA, QUE ESCUDA”: SANDRA MONTEALEGRE

siva por los derechos de los sectores LGBTI, sino por una sociedad más democrática y plural”.

Sin embargo, para Natalia Idrobo —polítolega, feminista, lesbiana e integrante de la colectiva Enigma-Red de Mujeres Diversas—, “los lugares de encuentro y participación siguen siendo de difícil acceso para las mujeres lesbianas”. Según ella, esos espacios existen principalmente en las noches, lo cual hace que mujeres lesbianas madres —o en otro rol de cuidado— no puedan acceder a ellos o frecuentarlos. Reconoce los esfuerzos de la política pública por incluir la participación de las mujeres en los espacios LGBTI, pero afirma que estos “siguen siendo colonizados por discursos machistas. Eso no les permite a las lesbianas tener una participación o hacer un uso efectivo de esos espacios”.

Idrobo sostiene que es difícil asumirse como una mujer lesbiana en un mundo que tiene expectativas de género definidas de manera tan estricta para ellas, como ser heterosexual. “Esto dificulta que haya mujeres que definan su orientación sexual de otra manera, que deseen participar en política o que quieran jugar fútbol profesional, como se vio recientemente en el Mundial femenino que pasó desapercibido frente a la Copa América”.

A pesar de todo lo que aún falta por hacer, quisimos rescatar espacios y lugares en la ciudad donde las mujeres diversas han podido ser ellas mismas y dar una lucha social y política por la inclusión y la garantía de sus derechos. Quisimos, además, que la mención de esos lugares estuviera en la voz de dos mujeres diversas que hablan desde su propia experiencia, y por eso incluimos sus testimonios directos. Ellas son Sandra Montealegre, feminista y exservidora pública, y Paula Casas Ríos, activista y lesbiana. Ambos testimonios reúnen visiones bastante particulares de los espacios por los que transita su identidad de género y su orientación sexual; los dos concentran energías divergentes y reveladoras.

Ellas también hablan de lugares de Bogotá que, como en otras ciudades del mundo, han rechazado a los sectores LGBTI. Y, sin embargo, reconocen que hoy las puertas están más abiertas que nunca a la diversidad y que existe una institucionalidad con mayores garantías porque su activismo está muy vivo.

MUJERZUELA Y AREPERA

Polítolega, lesbiana y feminista, Sandra Montealegre tiene treinta y tres años. Habla con desparpajo y usa el humor para desenvolverse cuando debe explicar, enseñar, o deshacer malentendidos, corregir errores; combatir lugares comunes y señalar falencias en relación con ideas preestablecidas de lo que es ser mujer y ser lesbiana en el movimiento LGBTI. Sandra fue empleada pública —una figura controversial en el sector— y se desempeñó como la primera lesbiana en el Consejo Consultivo de Mujeres, la instancia que media





FOTO: PILAR MEJÍA

entre el gobierno y el sector poblacional para atender necesidades, efectuar las acciones de gobierno y lograr bienestar.

En 2016 estuvo a cargo de Casa Refugio, una apuesta del Plan de Desarrollo de la administración anterior. La casa, aún en funcionamiento, acoge a personas que han sido agredidas por su orientación sexual o identidad de género, y les brinda acompañamiento y asesoría para restablecer sus derechos y reconstruir sus proyectos de vida. Durante esa administración, Casa Refugio estuvo ubicada en una zona de la ciudad que contaba con importantes espacios para la población homosexual: instituciones especializadas en salud, lugares de reunión para colectivos y sitios para rumbar.

Sandra dice que las lesbianas han estado aquí desde el principio y pide que entendamos por “principio” la consolidación de la sigla LGBTI, por cuya estructura (la L es la primera letra) ella y otras mujeres tuvieron que luchar. El esfuerzo fue enorme, pues, dice ella, los focos siempre han estado sobre los gays; los espacios han sido de ellos, y la aceptación y los privilegios que ellos han tenido han sido mayores, incluso dentro del propio sector poblacional. La sigla se estableció en las reuniones que propició Planeta Paz, un proyecto que en 2001 reunió por primera vez a líderes y lideresas de los sectores LGBTI en Bogotá para organizarse y garantizar su protección en todas las dimensiones.

Cuando le pregunto a Sandra por los espacios de encuentro de las

Una participante se detiene frente a la cámara durante la marcha LGBTI del pasado 30 de junio en Bogotá.

lesbianas de su generación, me habla de Toque Lésbico, la primera batucada del país que en 2009 salió a la calle a mostrar que quienes hacían retum-

bar los tambores eran lesbianas. Toque Lésbico, dice, posicionó las agendas de las mujeres en el ámbito de lo civil y se estableció como un referente importante en las manifestaciones sociales, en las protestas estudiantiles y laborales de las cuales las mujeres lesbianas, por supuesto, también formaban parte.

Otro escenario clave fueron los grupos de incidencia política. Sandra habla de uno anterior y uno posterior a la Constitución de 1991, la cual favoreció, en términos de visibilidad legal, a distintos grupos



Sandra Montealegre

poblacionales. Antes de 1991, los lugares de reunión de las lesbianas eran poco abiertos, poco públicos. Era una herencia de una historia de exclusión y represión, pues en Colombia, hasta 1980, ser homosexual era ilegal y se penalizaba con cárcel. Después de la Constitución florecieron grupos como Triángulo Negro, Ángelus, Amigos Comunes y El Discípulo Amado.

Sandra recuerda en especial a Triángulo Negro, un movimiento que, según ella, luchó por generar encuentros y así disminuir la invisibilidad de las lesbianas en aquella época. Sus integrantes eran irreverentes, adeptas de la calle, y sus reuniones eran íntimas y trataban desde problemas de pareja hasta cómo abordar cuestiones ideológicas. Se reunían en la Liga Nacional de la Lucha Contra el Sida, en la calle 32 con carrera 15, en Teusaquillo.

Otro grupo era Solidaridad Lésbica, un colectivo más activo en términos de debate. Hasta entonces, la prioridad en el sector había sido conseguir reconocimiento, pero grupos como este redefinieron la agenda y pujaron por estimular la discusión interna y conseguir una unidad, pues antes de Planeta Paz algunos colectivos de mujeres lesbianas y de personas trans recorrían caminos distintos, reconociendo así la existencia de otras formas de ser mujer, por ejemplo mujer trans lesbiana. Su lema era que las mujeres de Solidaridad Lésbica eran “lesbianas sin máscara”, y era una apuesta y un riesgo. Fuera de Bogotá, Sandra recuerda grupos como Las Brujas —que tenía una publicación impresa— o revistas como *Acento*, ambos proyectos de Medellín, difíciles de mantener en pie.

Todo esto sucedió a partir de 1995 y hasta principios del año 2000. Muchos grupos siguieron a esta primera oleada que generó la Constitución de 1991, y con el tiempo en ellos se comenzó a sentir cada vez más la presencia no solo de mujeres lesbianas, sino también de mujeres trans y bisexuales; “otras formas de la diversidad”, como dice Sandra. Para ella, el colectivo Mujeres Al Borde fue fundamental en este contexto al poner el foco, por ejemplo, en el lugar de la bisexualidad.

Sandra reconoce que en estos espacios se corría el riesgo de radicalizar la discusión por el afán de no perder el objetivo. Pero los tiempos lo exigían. El lenguaje, dice ella, controvierde tradiciones, y por eso apropiarse con humor de términos como “arepera” o “mujerzuela” era, y es, necesario. Recuerda que pronunciar la palabra lesbiana era un insulto, pero justo por eso entendió que podía ser subversivo usar el insulto para resignificar la palabra: “Si dicen ‘¡machorra!’, hay que afirmarse en esa palabra y responder: ‘¡Sí, soy machorra!’”. Lo revolucionario es convertir la palabra que hiere en una palabra que escuda. Cuando en 2013 el concejal Jorge Durán Silva llamó mujerzuelas a las lesbianas, en una marcha feminista unas activistas

estamparon “mujerzuela y arepera” en sus camisetas y salieron a la calle.

Al hablar del poder de las palabras y el cuerpo, Sandra recuerda bares que sirvieron para que la homosocialización lograra consolidar un lenguaje para las lesbianas. Los bares, más numerosos entonces y sin acceso para hombres, eran rumboaderos, pero también espacios para grupos de apoyo y para pensar en cómo llevar el activismo a la calle. Allá, por ejemplo, se reunía la Asamblea Permanente de Mujeres por la Paz. Uno de ellos era Bianca, que quedaba en el barrio 7 de Agosto y luego pasó a la 72 con 20; otro, Música y Buen Trago, en la 59 con 11. Sandra también menciona a Free Moon y Ágora —en la calle 80 con carrera 15, cuya dueña luego abrió El Cafetín de la Deshonra—, a Casiopea, Ángelus, El Harem y Las Magnolias (de música electrónica). Eran sitios en que bastaba poner una canción como “Mujer contra mujer”, de Mecano, para que todas brindaran.

LESBIANA Y POBRE

Llega a la esquina de la calle 27 sur con avenida Caracas, y la acompaña su pareja. La cita es a las diez de la mañana en una lechonería en el barrio Olaya, muy cerca de una bomba de gasolina y unos moteles. Paula Casas Ríos vive en el barrio 20 de Julio, que queda por la misma calle, pero más al oriente. Tiene treinta y tres años y dice que no es feminista. Es vegetariana, lucha por los derechos de los animales y afirma que no terminó la carrera de Economía en la Universidad Nacional porque no está de acuerdo con la idea de que la universidad pública represente la educación pública: “Las lesbianas pobres —sin acceso a la salud, la educación, una vivienda, un trabajo digno— somos doblemente invisibles. No somos la cara bonita para nada y para nadie. Algunas sentimos que estamos aisladas de los grandes proyectos y sentimos que los recursos públicos no son invertidos adecuadamente”.

Paula trabaja en el barrio San Cristóbal y allá, entre 2009 y 2010, consolidó —junto con otras personas, pero siendo ella la única mujer del grupo— el tema de la política LGBTI

mediante proyectos pequeños y locales, que buscaban reunir a este sector poblacional y ponerlo al día sobre los debates a nivel distrital. Hoy realiza esporádicamente pequeños trabajos, escribe tesis y monografías, y, cuando puede, se dedica al liderazgo político y a proyectos como el que por estos días ella y su compañera Mireya —una mujer que decidió estar con Paula luego de haber tenido dos hijos y haber vivido más de cuarenta años en una dinámica heteronormativa— tienen para educar a la gente del barrio.

Paula encontró en el barrio un lugar central para la lucha de la mujer lesbiana, para su reafirmación y su visibilidad. “En el barrio el respeto se gana”, dice. Ella misma lo ha visto en las zonas de la ciudad en que ha vivido: la comunidad puede ser un espacio de encuentro y, a la vez, un escudo contra

¿CÓMO PENSAR EN ESPACIOS NO SOLO PARA LAS LESBIANAS, SINO PARA TODAS LAS PERSONAS QUE QUIERAN VIVIR EN LA DIVERSIDAD Y EN EL RESPETO?

la exclusión; el barrio tiene discurso y memoria: “En el barrio debe crearse el lugar de afirmación y visibilidad para las lesbianas y la comunidad en general. Uno se replantea el llamado ‘orgullo gay’, pues es desesperante ir a una marcha a decir que se es orgullosamente lesbiana a sabiendas de que en casa no hay comida ni trabajo digno, ni buena salud”.

Quizá, debido a su arraigo al barrio y a su compromiso con su propia experiencia, Paula mantiene una distancia crítica de la institucionalidad, ya que teme que se instrumentalice una dura lucha de años como la de las lesbianas en Bogotá. Propone retomar el proceso de “organización real”: no depender de la institución, volver a la espontaneidad del movimiento social, reunirse en el barrio, alrededor de una simple aguapanela para hablar.

Entre las pocas iniciativas que la entusiasman está Degenérese, un ya

desaparecido grupo de encuentro que nació en un chat similar a Latin Chat, que congregó a las mujeres en proyecciones de cine en un bar llamado Orange y propició encuentros deportivos en el Simón Bolívar. También en el fútbol, Paula ve un espacio favorable para el fortalecimiento de las redes de mujeres lesbianas.

Al hablar de lugares y de bares recuerda que en la calle 60, abajo de la carrera 13, “cerca de los mariachis”, se encontraba Café Internet, que abría al mediodía y vendía trago. También habla de Mística e Iguana Bar —“que no duró mucho porque fiaba demasiado”—, y de Calle Castro, Raíces Musicales, Shalá, El Semáforo y Ginebra. Cuando le pregunto por los sitios que suele frecuentar con su compañera, insiste en que “hay que mariquear los lugares con respeto”. “Los lugares deben adaptarse; no uno”.

Habla con cierto orgullo de las cantinas del sur de la ciudad, pues allá nunca ha sufrido exclusión. Todo lo contrario: encuentra confianza y plenitud, al menos más que en lugares centrales o en Chapinero. Lo atribuye a cierta lógica fundamental del respeto que hay en un lugar donde todos comparten una misma condición económica. “Ser miembro del barrio da seguridad —dice—, y ser pobre en la comunidad LGBTI permite que la interacción con el otro hetero sea más llevadera. La lucha por el respeto de la identidad sexual no es tan fuerte como la lucha por la igualdad de condiciones económicas”.

*

Si me preguntaran a mí dónde parchan las lesbianas hoy, respondería que en el sur. En el barrio Restrepo está Noches de Luz; en la localidad de Chapinero están El Perro y La Calandria —una cuadra abajo del parque de la 60— y La Estación —en la calle 69 con carrera octava—; en el norte, en la 88 con 15, estuvo Moza, Cavú —que abría solo los miércoles—; y también se puede ir a Vintrash, en la calle 85 con carrera 11.

Sin embargo, y aunque hoy la ciudad las acoge en lugares que son



FOTO: PILAR MEJÍA

Paula Casas Ríos

cada vez más y más inclusivos, creo que también hay que hacernos otras preguntas. ¿Dónde no han podido estar? ¿Cómo empezamos a pensar y a crear nuevos espacios, otro tipo de espacios, no solo para las lesbianas, sino también para todas las personas que quieran vivir en la diversidad y en el respeto?

Habitamos un nuevo mundo, más diverso y horizontal, de jerarquías que se disipan, en vísperas de un proyecto humano: un mundo que excluye cada vez menos a los gays, a las lesbianas, a los heterosexuales, a los asexuales, a la humanidad y a la naturaleza. El viejo mundo, masculino y heteronormativo, poco a poco se irá abriendo al goce de la diversidad. El que heredamos tendrá que ceder la palabra, que ha celado por tantos años, y dejar que prosperen cada vez más los aquelarres y el goce de la igualdad. ◉

ENSAYO

Una política común por hacer

Vivimos en una ciudad en que ser lesbiana o trans, a menudo, es sinónimo de pobreza, exclusión y violencia. Colombia tiene una deuda social y política con las lesbianas. Necesitamos una política pública que nos escuche.

Camila Esguerra Muelle

Hace más de diez años, cuando imaginamos una política pública en Bogotá que respondiera a la situación de exclusión y eliminación simbólica y material de personas de las colectividades de lesbianas, personas trans, bisexuales y gays, ya dábamos la discusión sobre cómo la sexualidad y el género no eran los únicos asuntos en juego. Pensar en cómo abordar la afectación que sobre estas personas tienen el clasismo, el racismo, la xenofobia, el etarismo y el capacitismo era un punto de la agenda de quienes sabemos que unos sistemas no están desligados de otros, si bien el grueso de organizaciones de estas colectividades no compartían esto ni lo incluían en sus reflexiones. Lo que buscábamos —desde las primeras reuniones nacionales, en el marco del Proyecto Planeta Paz en 2001; o mucho antes, desde mediados de los años noventa, en organizaciones como Triángulo Negro, DeGeneres-e y Nosotras LBT— era poner sobre la mesa que no bastaban las políticas de reconocimiento de las identidades sexuales y de género, y que eran necesarias políticas de redistribución de la riqueza simbólica y material que, en especial, las lesbianas y las personas trans no disfrutaban. Vivimos en una ciudad y en un mundo en que, a menudo, ser lesbiana o trans es sinónimo de enfrentar pobreza y muerte.

Esguerra es antropóloga e investigadora.



ILUSTRACIÓN: GABRIEL EDUARDO HENAO

Las agendas importadas y de corte liberal no han permitido avanzar en entender cómo el racismo, el clasismo, el capacitismo —más allá de la lesbofobia, la misoginia y la transfobia— afectan en particular a lesbianas y mujeres; hombres y personas trans. La agenda del matrimonio de parejas del mismo sexo opacó la cruda realidad que personas —en ciudades grandes e intermedias; en lo rural y en localidades de la propia Bogotá— sufrían y siguen sufriendo debido al conflicto *social y armado* y, en general, dado el continuo de violencias económicas, simbólicas, físicas, psicológicas, entre otras; violencias que, de manera marcada e insidiosa, las lesbianas y las personas trans y no binarias han tenido que soportar.

Las enormes brechas que existen hasta hoy no se cierran con la ampliación de una institución heteronormativa como el matrimonio, que condiciona la posibilidad de *ser* a una situación de conyugalidad que *no todxs pueden* ni quieren tener. Las personas trans y no binarias sentían ajena esta agenda.

Con mucha razón, algo aún más injusto es que, en ese mismo panorama, se considerara a las lesbianas y sus circunstancias equiparables con las de los varones gays. Hay una gran deuda social y política con las lesbianas, de quienes muy poco se sabe o se quiere saber. Resultan poco *espectaculares*. Solo las que compaginan con la política-estética gay blanca, de clase media, pasan. La existencia que más se ha puesto en entredicho es, precisamente, la de las lesbianas, a quienes se equiparan a los varones gays, cuando no hay nada más equivocado e injusto. Las lesbianas se encuentran en una frontera que las hace víctimas de un continuo de violencias dirigido a las mujeres

cisgenderistas (violencia sexual, subo desempleo, empobrecimiento, etc.), a las mujeres trans y no heterosexuales (expulsión familiar, escolar y laboral, maternidad obligada y simultánea, y, paradójicamente, negación del derecho a la maternidad, entre otras); al mismo tiempo, estas personas pueden sufrir la transfobia dirigida a los hombres trans.

La lesbofobia estructural —esa que empobrece y elimina—, que sufren tanto las lesbianas como las mujeres heterosexuales, tiene componentes

NECESITAMOS POLÍTICAS PÚBLICAS QUE NO NOS BORREN, NI DE LA HISTORIA NI DEL PRESENTE

muy distintos a la homofobia que experimentan los varones. Si a eso sumamos cómo las lesbianas, personas trans y no binarias enfrentan violencias clasistas, misóginas, transfóbicas y racistas, vemos que nuestra política pública —sin duda, una oportunidad de emergencia social de sujetos que antes eran impensables en la narrativa de la ciudad— sigue en deuda en términos de comprensión y respuesta a formas de exclusión y eliminación estructural de lesbianas, personas trans y no binarias.

El desafío de la política pública, y de las políticas del día a día, es crear condiciones de representación y de vida para que las mujeres en general, mujeres trans, bisexuales, lesbianas, en particular, y personas no binarias puedan realmente existir sin la amenaza constante de las violencias sutiles o explícitas.

Recordemos que fueron precisamente mujeres lesbianas, travestis, trans y personas no binarias quienes,

desde mediados de los años noventa y los 2000, impulsaron con más fuerza agendas públicas distintas al matrimonio gay; quienes desde posturas feministas críticas han mantenido la tensión necesaria con el Estado; quienes propusieron alianzas como la ya mencionada Nosotras LBT o la red Cercanía (Labrys y Mujeres Al Borde); quienes insistieron en disputar el terreno de lo público y lo común, terreno despojado. Hoy en día, numerosas organizaciones de lesbianas y trans colman los más interesantes debates públicos.

Necesitamos políticas públicas y de lo cotidiano que no nos borren, ni de la historia ni del presente; que no nos silencien ni hagan oídos sordos o mofa de nuestras palabras. Entender como particulares las trayectorias de mujeres LBT y hombres trans, así como de personas no binarias, será una oportunidad para poder ser en Bogotá. Si la administración distrital no lo hace, no hay prisa; siempre hemos existido y conocemos muy bien el lugar de las fronteras: las hemos convertido en nuestro territorio para vivir.

Por último, si la sociedad en general no reconoce como una amenaza para la vida y la convivencia los coletazos de poderosos sectores ultraconservadores y de derecha como reacción a los avances logrados por movimientos de mujeres, feministas y de las llamadas colectividades LGBTI, reacción que podemos ver en la cruzada internacional contra la llamada “ideología de género” —ideología de género es la heterosexualidad obligatoria y el cisgenderismo prescriptivo—, esa sociedad habrá desaprovechado la posibilidad de un mundo más feliz para todas y todos. Entre tanto, año tras año, centenares de lideresas son aniquiladas en Colombia. ◉

MANIFIESTO

NOMBRE DE LA COLECCIÓN: "RECUPERANDO EL PODER DE LO ERÓTICO" POR LA COLECTIVA GORDAS SIN CHAQUETA

"GORDA HIJUEPUTA",
"¿NO CABE?",
"A VER SI ADELGAZA",
"ESTÁ COMO UNA VACA",
"PERO SE TOMA LA SOPITA",
Y TRAS DEL HECHO... LESBIANA.

Partimos de que todas las personas tienen una relación con la gordura; la nuestra está asociada en la cotidianidad a violencias verbales, simbólicas e incluso en algunos casos, físicas. Estas imágenes buscan explorar, a grandes rasgos, los sentires de cuatro gordas lesbianas que resignifican el cuerpo mediante el ejercicio de desnudarse. Convocar nuestros cuerpos a la acción de posar sin ropa ante una cámara no fue sencillo. La educación que hemos recibido a lo largo de nuestra vida nos ha enseñado que los cuerpos de las mujeres gordas no se admiran, no se tocan, no se muestran y no se desean. Para algunas de nosotras, quitarnos la ropa era una experiencia totalmente nueva; otras vivimos procesos corporales en los que exponernos al lente no resulta tan conflictivo. Pero, aun así, cada experiencia implica nuevos desafíos, sana viejos dolores y brinda nuevas herramientas para tejer la relación con el propio cuerpo.

Encontrar cómplices en nuestro entorno cercano para hablar de los dolores experimentados durante la vida por habitar un cuerpo gordo es infinitamente liberador para resistir a dichas violencias y transformar el contexto cercano en el que nos encontramos constantemente. Como gordas, nos levantamos ante los ataques, la invisible realidad de las mujeres gordas lesbianas y la naturalización de las violencias hacia nuestros cuerpos bien alimentados a partir de prácticas como la risa y la empatía, que nos permiten resignificar lo vivido y exorcizar las agresiones que han oprimido nuestros cuerpos. Estar desnudas, bailar, posar y disfrutar nuestros cuerpos alimenta nuestra postura: gorda no significa no follar, gorda no significa no ser saludable, gorda no significa no ser amada, gorda no significa no ser deseada.

Gordas, lesbianas y latinoamericanas resistimos, luchamos, conspiramos.◉



TESTIMONIO



LA VISIBILIDAD COMO APUESTA POLÍTICA

POR SANDRA LILIANA MONTEALEGRE

Hace diecinueve años decidí jugármela por darles la cara a mis apuestas políticas. Lo hice siendo una mujer lesbiana orgullosa de serlo, creyendo en la potencia del amor libre como acto político y articulando la idea de que amarnos es fundamental: no solo para nuestro deseo, sino para que este sea un país mejor para todos y todas. Esto me llevó, entre otras cosas, a formar parte, como mujer lesbiana, del proceso de paz y de la lucha por la despenalización total del aborto. Pero entonces no era fácil ser lesbiana; no había tanta apertura ni visibilidad. Ser mujer, lesbiana y joven eran condiciones que, más allá de poder considerarse una acción afirmativa, significaban estar en un lugar de vulnerabilidad particular, que podía poner en peligro hasta tu vida.

La visibilidad fue una apuesta de las mujeres. Nosotras nos quitamos la máscara en la Corte Constitucional y exigimos que el Estado eliminara del Estatuto Docente la homosexualidad como una causal de despido; nosotras salimos a marchar para reivindicar los derechos humanos de las mujeres; a nosotras se nos atravesaba el género por todos los lados de las discriminaciones y la desigualdad y, a pesar de ello, nos mantuvimos en la apuesta de gritarle al mundo que nos sentíamos orgullosas de ser lesbianas y que para nosotras era importante poder vivir en un mejor país.

Recuerdo la voz de mi padre la primera vez que ocupé una primera plana en un diario nacional después de haber defendido la ley de parejas del mismo sexo: “Siempre tienes que ser la mejor y la más valiente, ya para mí eso es orgullo”. Su mensaje era algo así como: si vas a ser zapatera, tienes que ser la mejor. Y así fue. A pesar de lo que implica ser una lesbiana visible, le entregué todo a esta primera apuesta: a hablar sin tapujos de mi opción por el amor entre mujeres, a salir sin máscara y dejar saber que lo político pasa también por el cuerpo, el “primer territorio de paz”.

Mi primer nicho político fue Triángulo Negro, un espacio de encuentro en que confluíamos semanalmente. Allí dimos muchos debates alrededor de lo que significa ser una mujer lesbiana en Bogotá, de los acontecimientos cotidianos y las luchas diarias que se viven en tu cuerpo cuando no eres la mujer promedio o cuando siéndolo tienes que ocultar que tu pareja es una mujer o que tu apuesta no es el molde, sino la disidencia.

En 2001 había apenas unos pocos grupos de mujeres; pero ya había una voz de las mujeres lesbianas, y esto fue fundamental en la construcción de una paz negociada que reconociera a las víctimas. Nos llamaron a formar parte de Planeta Paz, un proyecto que buscaba agrupar a los sectores sociales en torno a la búsqueda negociada y con justicia para todas las víctimas. Allí, en medio de numerosas discusiones, decidimos ponernos la sigla

LGBT; con la L de primera porque era necesaria una acción afirmativa hacia la mujer. Le contamos al país historias de gays, lesbianas, bisexuales y trans; nos atrevimos a explicar que también habíamos sido víctimas, que a muchos y muchas nos asesinaron por el hecho de amarnos y que sí existía un fenómeno de violación correctiva a mujeres lesbianas.

El diálogo de paz entre el gobierno y las Farc en 2001 puso en evidencia la necesidad de generar encuentros alrededor de los movimientos sociales víctimas del conflicto. También llevó al escenario la necesidad de reconstruir una Colombia sobre la base del protagonismo de la sociedad civil, pues esta ha sentido el dolor de la guerra con especial intensidad. En ese proceso de reconocer la diversidad de las víctimas aparecieron para el país las personas trans, las lesbianas, los gays y las personas bisexuales, que también padecieron los horrores de la guerra y tenían derecho a ser reparadas.

En ese momento se configuró la historia de un movimiento social que gira en torno a lo que nos une —decidimos, lo digo de nuevo, ser LGBT, con la L primero— y le exigimos al país ser ciudadanos y ciudadanas de primera clase. Este movimiento, sin embargo, siguió en deuda con las mujeres, y por ello resolvimos seguir caminando juntas.

Un día de buena conversa decidimos, entonces, apostar por la visibilidad ya no individual, sino colectiva. Nos juntamos a hacer música y a tomarnos lo público desde otros lugares, siendo el toque lésbico la primera batucada de mujeres en el país. Nuestras tonadas hicieron que la toma de lo público ya no fuera la misma de antes. Por primera vez, las organizadoras de la marcha del 25 de noviembre nos invitaron a encabezarla; los 8 de marzo nos convocaron a gritar que las lesbianas también somos mujeres y que nos cruza el hecho de serlo en una sociedad patriarcal y desigual; los 1 de mayo salimos con nuestra tocada —cada quien que pasa por nuestro lado prefiere bailar en vez de combatir—; así mismo, salimos a tocarle a Alejandro Ordóñez porque en vez de procurador era monseñor, y caminamos juntas con las mujeres que le apuestan a la despenalización del aborto.

En muchos caminos, poner nuestro cuerpo ha sido el significado de nuestro andar político, y hemos invertido bastante tiempo en defender la vida como derecho. Y lo seguiremos haciendo hasta que no haya una injusticia en el mundo; hasta que no haya una sola mujer víctima de violencia; hasta que a igual trabajo, igual salario; hasta que, por fin, este lugar que habitamos sea feliz para todos y todas.

La felicidad y el amor son, y seguirán siendo, mi apuesta política. ◉

TESTIMONIO



LESBIANA, RESILIENTE, CAMELLADORA

POR MIYU ALARCÓN

Crecí en La Candelaria, en el centro de Bogotá, un lugar reconocido por su historia e importante para mí, pues desde muy temprana edad me inculcó la aceptación y el respeto por la diversidad. A los dieciocho años fui madre de un hermoso ser que desde su primer soplo de vida luchó entre la vida y la muerte; que me llenó de amor infinito, inspiración y resistencia. Tres años después, me reconocí como mujer lesbiana; esto trajo consigo el rechazo de mi madre, de mi familia y de la sociedad heteronormativa que me rodeaba. Busqué ayuda en un grupo espiritualmente diverso llamado La Puerta, que más tarde evolucionó a Casa Abba Padre, un movimiento cristiano en el que fui lideresa por cinco años y que aportó significativamente a mi construcción.

Meses después entré a trabajar en la Subdirección para Asuntos LGBT. Fue una experiencia en la que aprendí otra manera de vivir y en que políticamente comencé a reconocer mecanismos, herramientas y formas del sistema que, poco a poco, me llevaron a formar parte de una comunidad. En ella me reconocí como un ser político con gran capacidad de aportar a la construcción de una sociedad diversa, respetuosa e incluyente.

En 2014, con el pregrado a medias, asimilando la separación con mi pareja, tomé la decisión de renunciar a la Subdirección y delegar los cuidados y crianza de mi hija a su padre. Me puse metas claras, me sentí consciente, reconocí la fuerza y el poder que hay dentro de mí, y me reinventé en un mundo en que Miyu Alarcón es la

protagonista: como mujer, madre, hija, estudiante, artista, deportista y psicóloga. Así volví a empezar mi vida en la localidad de Fontibón.

Con la tribu llegó el fútbol popular, ese que se juega en el barrio con la gente. Me entrené como portera, formé un equipo femenino, y así inició una colectiva llamada la Casa del Oso.

Hubo largos entrenamientos, campeonatos, disputas por la cancha, violencias; un sinnúmero de momentos y situaciones que vulneran a una mujer que decide ser, pensar y hacer cosas no binarias ni normativas en una sociedad machista y patriarcal, desde la academia y con un balón en una cancha de barrio. Así emprendí mi carrera política en la que me construí como mujer lesbiana, resiliente, camelladora y sabedora. Y ahí aprendí cuán necesario es pensar en un mundo nuevo cada día; en mi mundo, un mundo justo, transparente, amoroso, respetuoso y diverso.

Con la Corporación Casa del Oso comprendí que el deporte y el arte forman parte de un presente político, cultural y social que mueve masas. También entendí que es posible utilizarlos como herramientas pedagógicas para transformar imaginarios, al permitirnos resaltar la labor, el talento y la inteligencia de cada persona, independientemente de su orientación sexual o identidad de género. Como persona diversa defensora de los derechos humanos, resalto la importancia de la mujer en la sociedad. Hoy en día formo parte del Consejo Consultivo LGBT como consejera para las mujeres lesbianas. ◉

RELATO



EL ENCUENTRO

POR LUZ ADRIANA PÁEZ MÉNDEZ

Cuando vi a Magdalena en el ventanal de la oficina de contratos que quedaba en el sexto piso del edificio, me dije emocionada: “Es ella”. Llevaba meses buscándola, presinténdola, deseando verla, y ahí estaba para mí, pero a lo lejos. Desde mi lugar pude ver que se sentó a esperar a que el dependiente la atendiera. Tuve la fantasía de que ella iba a bajar a buscarme; era lo justo, si las dos queríamos vernos. Pero no lo hizo nunca. Antes bien, en el instante en que me entreteve saludando a alguien, la perdí de vista. Subí a buscarla con el pretexto de hacer, yo también, una diligencia en la oficina de contratos. La busqué con la mirada, pero no estaba, miré hacia adentro, hacia los lados; nada, se había ido. ¡Pero si yo tenía que verla, decirle que soñaba con que fuéramos amantes, que la amaba, que había soñado muchas noches con ella! Había desaparecido. Decidí, entonces, salir a buscarla. Tenía dos posibilidades: que hubiera salido del edificio, y eso me llenaba de desconsuelo porque la habría perdido después de buscarla tanto; o que hubiera entrado a otra dependencia, lo que me llenaba de esperanza, pero ¿a dónde? Llamé el ascensor sin saber a qué piso ir. Cuando la puerta se abrió, entré vigorosamente. Ahí estaba Merceditas, como siempre tan locuaz, preguntando por todo; por mi gato, por mi marido, y yo con esas ganas de que se callara y desapareciera para siempre. Llegamos a la recepción y Merceditas nada

que se quitaba de mi vista. En cambio, ni muestras de Magdalena.

Salí del edificio. Afuera unos funcionarios fumaban solitarios. Eran las diez de la mañana, debía ser su segundo cigarrillo. Eché a andar hacia la plaza, mirando desesperada al interior de las cafeterías donde otros tomaban café. Nada, no estaba por ningún lado. Un habitante de calle se atravesó en mi camino. Llegué al final de la calle con la esperanza de encontrarla ya bastante menguada. Doblé la esquina y, como un milagro, ahí estaba ella, dándome la espalda, tal vez esperando un taxi. Pasé por su lado sin saber qué hacer, casi rozándola, y no sé de dónde saqué la valentía para tocar su hombro y decirle: “Magdalena”. Se sobresaltó y me miró asombrada, aunque me saludó amablemente, tanto que me dio vértigo su inmensa cordialidad; como siempre había sido en los mejores y peores momentos cuando compartimos las mismas fugas en esos días de trabajo duro. Entonces, comprendí que ese beso familiar, pero lejano, no apasionado ni quedito, como lo había imaginado en mi cabeza febril, era el último, y yo —“¿cómo estás?”— esperando que me dijera —“pensándote mucho, extrañándote”—. Pero no. Me preguntó por unos documentos extraviados, cosas del trabajo, luego por mi salud, y yo —“muy bien”— ya sin fuerzas, sintiendo que su gran amabilidad era infinitamente contraria a mis pobres sueños. Ya para entonces yo era un caso de típica emoción. ◉



PILAR MEJÍA

COLUMNA

La experiencia de tener una hija lesbiana

Consejos para padres y madres en la búsqueda de una forma de abrazar a una mujer diversa en su familia, con amor y dignidad.



Nury Cristina Rojas

No es lo mismo tener un hijo gay que tener uno bisexual, transgénero o una hija lesbiana. Cada una de estas identidades representa vivencias, problemáticas y prácticas distintas. Sobre los padres y las madres de jóvenes lesbianas, de acuerdo con los testimonios compilados durante diez años en el Grupo de Familiares de Personas LGBTI de Bogotá, puede decirse que la mayoría expresa tres tipos de sentimientos. En primer lugar, manifiestan sentir miedo a la estigmatización social, pues asocian o temen que se vincule a sus hijas lesbianas con un estereotipo de mujer poco femenina y ruda. Además, les inquieta que puedan ser discriminadas o, incluso, tratadas con violencia por una sociedad incapaz de entenderlas, aceptarlas y garantizar sus derechos.

El segundo sentimiento que prevalece en padres y madres de mujeres lesbianas es una inquietante tranquilidad en relación con la salud sexual y reproductiva. Creen, erróneamente, que solo las

relaciones sexuales que implican una penetración conllevan el peligro de contraer una infección de transmisión sexual; así mismo, piensan que sus hijas no corren el riesgo de un embarazo no planeado. La realidad, sin embargo, es otra: una mujer lesbiana puede infectarse durante una relación sexual y puede ser madre. Por esta razón, debería haber, más bien, preocupación ante un sistema de salud que aún carece de un enfoque diferencial y respetuoso de la orientación homosexual, que ofrezca asesorías en planificación y prevención, y les brinde a las usuarias lesbianas herramientas para tener una vida sexual y reproductiva plena y segura.

El tercer sentimiento que aflora con frecuencia tiene que ver con la dificultad de decir que la propia hija es una “mujer lesbiana”. Todavía muchos padres prefieren la frase “Mi hija es gay”, ya que la palabra lesbiana les produce terror, de nuevo, al asociarla con una imagen irreal de mujer hipermasculinizada. Aquí es importante recordar que la orientación sexual y la identidad de género son dimensiones independientes de la identidad de una persona. Una mujer, por lo tanto, puede tener varias maneras de ser, vestirse y comportarse, asociadas a su contexto social y a su comprensión de lo femenino y lo masculino, sin importar si es lesbiana o heterosexual. Así mismo, es fundamental comprender que lo femenino, lo masculino y lo no binario no pueden ser una imposición; son una opción que les permite a las personas alcanzar un bienestar.

Mujeres heterosexuales, homosexuales, bisexuales, masculinas, femeninas, andróginas, cisgénero o transgénero: todas representan la diversidad que puede haber en la experiencia de ser mujer.

Por otra parte, la palabra lesbiana tiene un sentido no solo político, sino también poético: este nos traslada a la poetisa griega Safo de Lesbos, quien en la Grecia antigua dedicó sus versos a las mujeres que amaba. De ella, al ser tal vez la primera referencia de una mujer homosexual en Occidente, surgió la palabra lesbiana.

Si su hija se siente atraída por otras mujeres, si ama a otras mujeres, esta situación y las decisiones que puedan acarrear no la hacen una mejor o peor persona. No se trata de que usted, como padre o madre, haya hecho algo equivocado, ni de un castigo divino. Su hija no ha cometido un crimen y tampoco está enferma. La orientación sexual se descubre a lo largo de la vida. Así como unas descubren que se sienten atraídas por personas de un sexo diferente al suyo, otras descubren que les atraen personas de su mismo sexo, o de ambos de sexos.

Si es una mujer lesbiana, su hija conserva los valores que usted le inculcó y no tiene por qué plantearle, como padre o madre, dudas sobre su capacidad de ser feliz y constituir una familia o con respecto a sus capacidades emocionales, intelectuales, sociales o, incluso, laborales. Ame a su hija lesbiana, es la misma que usted trajo al mundo; la misma que usted educó. Si siente miedo, piense que tal vez se trata de una manera de amar diferente a la suya, pero igual es amar. ◊

Rojas es asesora de contenidos de la Dirección de Diversidad Sexual de la Secretaría Distrital de Planeación y lleva más de diez años trabajando de la mano con personas de los sectores sociales LGBTI de Bogotá.

ENCUENTRO DE FORMACIÓN

Del diálogo a la escritura



ESTEBAN VEGA LA-ROTTA

Con esta edición número ocho arranca la etapa final de DIEZ, un esfuerzo entre la Alcaldía de Bogotá y ARCADIA por crear una plataforma de formación, visibilidad y sensibilización para generar un diálogo ciudadano con las personas que componen el grupo poblacional LGBTI en Bogotá, en el marco de los más de diez años que lleva la política pública LGBTI en la capital. Mediante las primeras siete ediciones, encuentros de formación y conversatorios, hemos logrado comunicar experiencias de vida y así reafirmar la diversidad como una opción legítima de ser, amar y participar en el mundo.

En el marco de esta iniciativa, recientemente se reunieron en las instalaciones del Grupo Semana –casa

editorial de ARCADIA– representantes de organizaciones de mujeres lesbianas de Bogotá con el equipo de la revista y miembros de la Dirección de Diversidad Sexual de la Secretaría de Planeación de Bogotá. El objetivo fue plantear interrogantes sobre la política pública LGBTI, de cara a la situación de la mujer sexualmente diversa en la ciudad.

La lideresa del barrio 20 de Julio Paula Casas sostuvo que la Política Pública LGBTI fomentó un nuevo activismo en la ciudad, pero insistió en que las lesbianas permanecen invisibles desde lo institucional. “Es fundamental que las mujeres se organicen y agrupen en una agenda social de mujeres diversas, para visibilizar el trabajo comunitario importante que

El más reciente encuentro se dio en el edificio del Grupo Semana en Bogotá.

múltiples mujeres y colectivos hacen en los barrios”. Por su parte, Miyu Alarcón dijo que la política marcó

un antes y un después para las personas LGBTI, y que siente que Bogotá sí le apuesta a volverse una ciudad incluyente. Alarcón, madre lesbiana de una adolescente, contó con cierto alivio que su hija había podido crecer en un entorno social libre de rechazo, abierto e inclusivo.

Hasta septiembre, las personas que tengan interés en participar en DIEZ o en escribir textos para nuestra revista podrán informarse sobre nuestro ciclo de formación en www.revistaarcadia.com o escribiendo un correo electrónico a amejiaf@semana.com. ◉



MEMORIA

TRIÁNGULO NEGRO

Un homenaje al colectivo de más de cien mujeres lesbianas, que, entre 1996 y 2005, tuvo un rol determinante en los sectores sociales LGBTI y en la ciudad.

El grupo Triángulo Negro surgió en Bogotá después de que un conjunto de mujeres feministas lesbianas decidieran separarse de movimientos sociales que tenían discursos hegemónicos. En los años noventa, los grupos feministas todavía eran predominantemente heterofeministas; los movimientos homosexuales, por su parte, partían de una construcción masculina de la homosexualidad que recogía solo de manera parcial las reivindicaciones propias de las mujeres lesbianas. Esas mujeres disidentes convirtieron a Triángulo Negro en un colectivo pionero dentro de la colectividad lésbica de Bogotá y Colombia: en una organización de incidencia política; pero también en un espacio físico de encuentro, reconocimiento de la experiencia particular y apoyo a mujeres lesbianas.

El grupo adoptó su nombre de un símbolo de orgullo y solidaridad para feministas y lesbianas. Se trata de una versión invertida de la insignia utilizada en los campos de concentración de la Alemania nazi para marcar a las personas prisioneras consideradas

antisociales, entre las cuales se encontraban las mujeres lesbianas y prostitutas. El giro de ciento ochenta grados convierte así la insignia en un símbolo de resistencia.

Uno de los logros históricos de Triángulo Negro fue su determinante participación —y el particular empuje de Martha Montenegro y Fabiola Espitia, dos de sus fundadoras— en la lucha por la declaración de inconstitucionalidad del parágrafo del Estatuto Docente (Ley 2277 de 1979), que establecía que la homosexualidad era causal de mala conducta e implicaba la pérdida del escalafón para el personal docente que incurriera en ella. El grupo también tuvo un rol central en el Proyecto Planeta Paz, que buscó consolidar las agendas sociales sectoriales durante las negociaciones de paz con las Farc entre 1998 y 2002. Allí, Triángulo Negro representó en las discusiones la voz de mujeres lesbianas, incluyendo la de víctimas del conflicto armado. Justo ahí, en Planeta Paz, en medio de la lucha por el reconocimiento, la representación,

Tomas de la
marcha LGBT en
Bogotá en 1998

la inclusión y la justicia social, grupos de personas violentadas en razón de su identidad de género y su orientación sexual vieron la necesidad de agruparse, en su diversidad, como un sector social y acuñaron el nombre LGBT (posteriormente LGBTI). Que la L de lesbianas sea la primera letra de la sigla es de abonarles a las integrantes de Triángulo Negro.

Esta asociación se disolvió en 2005 y dio paso a nuevos grupos como Colectivo Lésbico, Mujeres al Bordo, Grupo de Lesbianas de Colombia (GLC), Labrys y Dalai, que expandieron las áreas de trabajo al arte y a la investigación; algunos han incluido a mujeres bisexuales y mujeres trans. Casi quince años han pasado desde que Triángulo Negro desapareció, pero su legado tiene tanto peso que se mantiene vigente no solo como parte de la memoria del país, como un hito en la construcción de una subjetividad lésbica colectiva, sino también como una forma de hacer activismo. ◊

Natalia Puerta



DONNA HARAWAY

Enredando ecologías, conocimientos y parentescos

Bogotá 6 de agosto / TEATRO JORGE ELIÉCER GAITÁN

mayores informes: secregenero@unal.edu.co

APOYA:



Alcaldía de Bogotá

INVITAN:

Escuela de Estudios de Género
Facultad de Ciencias Humanas
Sede Bogotá



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA